

## **TORRES VILLARROEL Y LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. HISTORIA DE UN DESAMOR**

RICARDO LÓPEZ SERRANO

RESUMEN: Este artículo trata de las enemistades entre D. Diego de Torres Villarroel y la Universidad de Salamanca, de la que era profesor, según los datos que se pueden rastrear en la autobiografía y en los testamentos de Torres. Al parecer, tales enemistades se debieron tanto al propio carácter de Torres, desenfadado e irónico, como a su éxito social como escritor, y a la envidia y el odio que ambos factores suscitaron en algunos profesores de la Universidad. Otra causa pudo deberse a las luchas que, en el siglo XVIII, mantenían las órdenes religiosas por obtener el poder en la Universidad salmantina y en las que Torres tomó parte. En el artículo se pretende aclarar aquellos hechos en los que más se nota la enemistad mutua, para acabar en el desaire que al escritor se le infligió con motivo de sus funerales.

ABSTRACT: This article deals with the enmity between D. Diego de Torres Villarroel and the University of Salamanca, in which he was a professor, according to the information that can be found in Torres autobiography and testaments. It looks as though those enmities were due to Torres' own character, free and easy and ironic, as well as to his social success as a writer, and to the envy and hate that both elements caused in some professors of the University. Another reason could be due to the fights, in which Torres took part, among religious orders, to get the power in the University of Salamanca in the XVIII century. In this article it is hoped to clarify those facts in which the mutual enmity is obvious, to finish with the slight given to the author in his funerals.

PALABRAS CLAVE: Salamanca / Universidad / Siglo XVIII / Torres Villarroel.

Los expertos que han analizado los escritos de Torres Villarroel, en especial su autobiografía, han establecido algunas claves o elementos nucleares de la vida y la obra del autor. Aquí analizamos desde sus testamentos uno de ellos, para ver si éste, como muestra, corrobora o desautoriza esos elementos vitales fundamentales de D. Diego. No se olvide que los testamentos, como manifestación de “últimas voluntades” y del desasimiento que impone la proximidad con el más allá, pueden suponer, por sinceros, un acercamiento más certero al “núcleo semántico” de la polisémica personalidad de un autor que conscientemente dio una de cal y otra de arena respecto de sí mismo. Torres mismo fue el tema principal de sus obras y se escribió durante toda su vida, mezclando confesionario con escenario. A un hombre, pues, que se hizo tema de su propia literatura, que se “literaturizó” continuamente, quizá la mejor forma de analizarlo sea a través de sus testamentos, textos en los que no cabe literatura, sino la más absoluta sinceridad: la que emana de la cercanía de la total verdad de la muerte ya entrevista como bastante próxima. Torres fue un hombre un tanto desconcertado y un mucho desconcertante. Fruto de sus momentos más “concertados”, los del horizonte de la soledad última, los testamentos pueden ayudar a vislumbrar el verdadero rostro, la auténtica imagen de Torres Villarroel<sup>1</sup>.

Se ha dicho muy certeramente que Torres fue un profesional de la pluma y es a sus obras a quienes, por encima de todo, encomienda la defensa de su trayectoria vital y el testimonio de su encumbramiento desde una humilde cuna hasta llegar, según repetidamente opina, a ser el miembro universitario más rico, mejor relacionado, más eficaz en sus gestiones y hasta más abierto a la modernidad científica. La justificación de su persona y de su obra o de su persona a través de su obra (y, tras la *Vida*, de su obra a través de su persona) es el meollo de la trayectoria vital del autor, un hombre originariamente oscuro ascendido social y económicamente precisamente por sus escritos. El marcar las distancias desde su cuna a su encumbramiento es su gran tarea. Que este encumbramiento fuese negado, de una forma o de otra, por la Universidad, fue el gran drama de D. Diego, la asignatura pendiente de toda su vida. Ser aceptado por ella y, tras no serlo, dolerse y atacar al *Alma Mater* fue el *leitmotiv* de toda su vida. No se olvide que, en realidad, los dos últimos trozos de su autobiografía se dedican casi del todo a contar los avatares de su jubilación y de sus relaciones con la Universidad.

No debe pasar desapercibido tampoco que la *Vida*<sup>2</sup> se titula también “...ascendencia, nacimiento, crianza...”. Torres se separa del proyecto vital que por familia le correspondía, pero no se aleja de ésta, sino que la cuida, la protege y se

---

1 En un estudio anterior he exhumado la serie testamentaria completa de Torres, compuesta por siete testamentos, otorgados en solitario o conjuntamente con su hermana Manuela. Por reflejarse en ellos las preocupaciones y los elementos cruciales de la personalidad de Torres es por lo que los consideramos complementarios o rectificadores de lo que en sus escritos dijo de sí mismo. LÓPEZ SERRANO, Ricardo. *Los testamentos de Torres Villarroel*. Salamanca: Diputación Provincial, 1994.

2 Siempre que citamos la *Vida* de Torres lo hacemos por la edición de CHICHARRO, Dámaso. *Diego de Torres y Villarroel: Vida, ascendencia, nacimiento...* 2ª ed. Madrid: Cátedra, 1984.

vincula a ella no sólo afectiva sino tácticamente, como referencia importante de su éxito, que comparte con ella. Y este éxito lo consigue con la pluma. Ésta y el escritor son las dos caras de una misma moneda –resellada, eso sí, y no siempre de curso legal–, pues Torres hace de sus libros, por encima de todo, un objeto de trueque con el que comprar bienestar económico y reconocimiento social. Familia, Universidad y obras deberán ser, pues, elementos importantes de su vida. Pero el edificio que Torres y sus obras tan artificiosamente conforman se ve amenazado por fuerzas adversas (la Universidad, el propio conflicto íntimo del autor...) o apuntalado por amistosos apoyos (los nobles, algunos jerarcas eclesiásticos...). Si entre estas claves de la personalidad torresana nos limitamos a estudiar sus relaciones con la Universidad, es sólo debido a la extensión que se pretende de este trabajo.

La Universidad es, creemos, uno de los temas que los eruditos han destacado como uno de los elementos nucleares de la personalidad de Torres y uno de los que nosotros hemos contrastado en sus testamentos.

Para muchos estudiosos de Torres, la gran tragedia de su vida fue no lograr el respeto ni el reconocimiento de su Universidad. El escritor se vengará de sus colegas con sus burlas, el éxito de sus obras y el favor de la realeza, la nobleza y el pueblo. Pero su relación con la institución académica fue una relación de amor y odio que explica por qué Torres, que se sabía despreciado por ella, admitió que le utilizase hasta casi su muerte.

Ya ha sido dicho por algunos estudiosos torresanos, como Manuel María Pérez López y Dámaso Chicharro sobre todo, que la autodefensa frente a la Universidad fue la razón fundamental de la redacción de la *Vida* de Torres y quizá de la mayor parte de sus obras. Juan Luis Alborg dice con ajustadas palabras:

*“Favorecido como estuvo por la fama y el éxito más balagadores, tuvo siempre quemándole en su interior, como una llaga enconada, el rechazo tenaz de que le hicieron objeto sus colegas universitarios y los cejijuntos hombres de letras para los cuales Torres no pasaba de ser un histrión que comerciaba vulgarizando conocimientos que apenas poseía. Estos hombres, tan hinchados de suficiencia y pedantería como vacíos de auténtico saber, despreciaban los escritos del salmantino desde la cumbre de su imaginada superioridad y se negaron siempre a entender la fresca, humana, audaz y original vena que emanaba de sus páginas inimitables”<sup>3</sup>.*

Por nuestra parte se enumeraron también algunas posibles razones más de este rechazo, como son: su origen humilde en una época en la que aún se exigía el certificado de limpieza de sangre para acceder a las aulas universitarias; su carácter tan burlón, desprejuiciado y crítico como poco engolado; su propensión a cierto laicismo, pese a ser clérigo, frente a un Claustro universitario copado casi totalmente por religiosos, y su supuesta poca ciencia, cuando en la Universidad salmantina la

3 ALBORG, Juan Luis. *Historia de la Literatura Española*. Madrid: Gredos, 1996, t. IV, vol. 1, p. 308.

postración científica y el inmovilismo opaco eran tan enormes que los profesores más conspicuos, los que dejaron testimonio de su nivel intelectual digno, sólo lo fueron como “defensores no asilvestrados del pensamiento escolástico”, aunque opuestos también a las innovaciones científicas.

Naturalmente, es la acusación del diletantismo científico de Torres –si no el de su ignorancia sin paliativos– la que más ríos de tinta ha hecho correr por encontrados cauces, pues mientras hay quienes opinan que Torres fue el exponente más claro de la deplorable postración universitaria, otros críticos opinan que el catedrático de Matemáticas fue un pionero tanto en su lucha contra la pseudociencia y el inmovilismo escolásticos como contra la metodología obsoleta de las enseñanzas universitarias (recuérdese que Torres puso en marcha una academia universitaria –muy obstaculizada por la Universidad– en la que, en castellano y de forma práctica, se estudiaban las esferas de M. Robert de Vaugondi, que él mismo había comprado).

Independientemente de la ciencia matemática –seguramente no demasiada– y de la cultura de Torres –seguramente mucha–, no hay que olvidar que no daba puntada sin hilo y que casi todo en él responde a una estrategia. Conocía perfectamente sus limitaciones y sus valías y sabía también que un tono grave y doctrinal continuado en sus obras hubiese perjudicado su causa –la del dinero y la del éxito social–. Por eso saca sus propios saberes, muchos o pocos, y se saca a sí mismo al mercadillo del público, vestidos –él y sus páginas– con tantos hábitos como la variedad táctica requería. Por ello, medir la ciencia de Torres seguirá dando que escribir. Lo que es claro es que D. Diego lucía y aprovechaba lo que sabía. No obstante, la falta de nivel científico en Torres es la acusación más grave que se le puede arrojar, sobre todo desde el mundo universitario.

En cuanto a su ciencia matemática, cierto es que Torres no tuvo difícil despuntar en una época en la que tal ciencia era considerada menor cuando no tildada de mágica o de diabólica. Por poco que Torres dijese, eso le bastaba para ser un adelantado en su tierra, pero en una Europa que había conocido a Copérnico, a Newton y a Leibnitz, el salmantino no daba la talla. Supo ver, eso sí, que vivía en una España en decadencia científica, pero esa visión no le convierte en un ilustrado, sino en un añorante de mejores tiempos –los siglos áureos– y en un divulgador que, precisamente por la decadencia cultural, no queda mal con poco que diga, aunque su erudición fuesen saberes fragmentarios y poco digeridos. Otros, desde luego, sabían menos que él en su tierra y a ellos se dirige en sus escritos, al pueblo llano. Si con sus obras y su persona fue un revulsivo del atraso científico del país y de los esclerotizados saberes universitarios, no se le debe negar ese mérito, como tampoco el del notable avance de saberes que se nota desde sus primeras a sus últimas páginas. Otra cosa es que él añorara al científico que le habría gustado ser y que sabe que nunca será, pese a las muchas páginas de jactancia de sus saberes que se encuentran en sus obras. Quizá las más claras en este sentido sean las del prólogo del pronóstico de 1734. En ellas, tras decir que a los diez años

ya entendía castellano y latín y traducía del francés, italiano y portugués, pasa revista a sus muchas lecturas y vastos saberes para acabar diciendo:

“... V. E. puede asegurar al Rey que tendrá en sus Universidades y colegios hombres sabios en una u otra facultad; pero seguramente le podrá decir que no tiene otro más variamente erudito que Torres, ni tan famoso, ni tan querido, y entren en este número todos los Doctores, Licenciados y Bachilleres que consumen al Rey copiosas rentas y todos los que están ya arados de las arrugas y las canas”<sup>4</sup>.

Esto lo dice a los treinta y ocho años en el destierro en Portugal para pedir clemencia. Por encima de la razón concreta del escrito, es claro que su jactancia estriba en reconocerse no un científico sino un erudito, aunque el mejor.

Lo que sí puede creerse es que Torres no era torpe y supo darse cuenta de que él estaba dissociado entre una pesada tradición –la de su educación y sus lecturas– y un cierto escepticismo intelectual precursor de la renovación ilustrada y fruto de su sentido común. Ya lo dice él mismo cuando alude a su ingenio y dice que no es malo porque tiene “mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad y mañosa penetración”. Esto es lo que vende y su falta lo que ataca en sus colegas, tan negados a la duda racional y tan orgullosos de su ciencia como para no saber o no querer hacerla atractiva al pueblo.

En todo lo que llevamos dicho no queremos afirmar que en el conflicto entre la Universidad y Torres fuese éste la víctima. El escritor utiliza en la lucha desde sus innegables dotes de histrionismo y burla hasta su afilada pluma. Quizá en alguno de los primeros momentos de su contacto con la Universidad fue humilde, pero enseguida se tornó altivo y provocador y, aunque en su fuero interno estuvo mortificado, ejerció el “ahí me las den todas”, restregando a los doctos universitarios sus logros sociales y económicos.

Lo curioso, sin embargo, es que el escritor estuvo fatalmente –por destino queremos decir– unido a la Universidad. Desde su nacimiento en la calle de los Libreros y su bautismo en la parroquia de S. Isidoro y S. Pelayo hasta su muerte en el palacio de Monterrey, todos los eventos de su vida discurrieron en un entorno geográfico de gran vecindad con la Universidad. Toda su vida profesional transcurrió también en torno al *Alma Mater*, desde sus primeros estudios con Juan González de Dios, luego catedrático universitario de Humanidades. Pronto pasó a los estudios mayores con una beca en el Colegio Trilingüe para estudiar Filosofía con un jesuita, Pedro de Portocarrero. En estos estudios atendió muy poco a lo prescrito, aunque algo leyó desordenadamente y por su cuenta, sobre todo Matemáticas y Astrología, como el *Tratado de la esfera* del padre Clavio.

Acabados sus estudios, y tras la escapada portuguesa en que culminará su sarampión de calaveradas juveniles, sigue leyendo por su cuenta materias un tanto esotéricas y, sobre todo, libros de Matemáticas; se arrima a la clerecía y se descuelga

4 TORRES VILLARROEL, Diego. *Obras Completas*. Salamanca, 1970, t. X, pp. 207-208.

con la publicación de sus primeros pronósticos, que provocan ya la actitud general de hostilidad y recelo que le acompañaría ya para siempre por los claustros universitarios. El escritor inicia entonces una clara huida hacia adelante. Si los cálculos astronómicos –o astrológicos– en los que basa sus pronósticos, y la Geometría y las Matemáticas están tan desprestigiados que estaban vacantes todas sus cátedras y “se producía en ellas una infame ignorancia”, tanta “que una figura geométrica se miraba... como las brujerías y las tentaciones de S. Antón y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervían a borbollones los pactos y los comercios con el demonio”<sup>5</sup>, él, para justificar los fundamentos de sus pronósticos, corregir la postración científica de esas materias y “sosegar las voces perniciosas que contra mi aplicación sentaron los despreocupados y los envidiosos y para persuadir la propiedad y buena condición de mis fatigas”<sup>6</sup>, solicita la sustitución de la cátedra de Matemáticas o Astrología (con los dos nombres se la denominaba), cuyo catedrático estaba ya jubilado. Un dato curioso: Torres solicita el puesto por tener la titulación idónea para las llamadas “cátedras raras”, la de bachiller en Artes, obtenida en la Universidad de Ávila. ¿Por qué fue allí Torres a obtener el título? ¿Pudo ser porque, tras su paso por el Trilingüe, ya no era bien visto por la Universidad salmantina?

Obtiene la sustitución y, pese a ocupar un puesto interino, una mera sustitución de cátedra, no procura pasar desapercibido y entra de lleno en el conflicto de la “alternancia de cátedras” (que a él ni la iba ni le venía directamente), lo que le supuso primero una temporada de cárcel por atribuírsele una furiosa sátira contra algunos de los “alternantes” y luego, por reparación de la atribución errónea, el nombramiento de vicerrector, cargo que ocupó por poco tiempo y ejerció, como reconoce con chulería, “con gusto de pocos y especial congoja y resentimiento de muchos”<sup>7</sup>.

Torres no se amilana y enciende más la hoguera, pues debía estar enzarzado en disputas con numerosos compañeros, como él mismo reconoce prolijamente en su autobiografía. El caso es que, dejando las cosas en tan borrascosa situación, se cansa de su actividad universitaria y parte hacia la Corte, iniciando así el capítulo de sus ausencias académicas que tanto problema le traerían en el pleito de su jubilación. A la vuelta de Madrid decide “leer a alguna cátedra” de las siete llamadas raras (Música, Astrología [o Matemáticas], Griego, Hebreo, Gramática, Retórica y Cirugía), que no precisaban la titulación de doctor sino la de bachiller. Pensó hacerlo a la de Humanidades para “esconder el hediondo nombre de astrólogo

5 *Vida*, p. 161.

6 *Vida*, p. 161.

7 Este cargo recaía en un estudiante y como tal lo ocupa Torres, que a la sazón era también “consiliario de la Tierra de Campos”, algo así como el representante de los alumnos de esa región. El vicerrectorado no lo ocupa según las condiciones fijadas por las constituciones universitarias, sino que fue facultado para el cargo por ser consiliario y ocupar el vicerrectorado interinamente hasta que se eligiese el idóneo según los estatutos, que en el momento no se pudo elegir por estar el rector fuera de la ciudad y vacante el vicerrectorado. Un cargo, pues, efímero y de compensación.

con el apreciable apellido de catedrático de otra cualquiera de las disciplinas liberales”, pero no quiso oponerse a su viejo maestro D. Juan González de Dios. Opta así por la de Matemáticas y por “quedarse atollado en el cenagoso mote de Piscator”.

Obtuvo la cátedra, según prolifica y complacientemente cuenta en su *Vida*. La celebración pública de la oposición (en la que Torres quiere hacernos creer que fue sujeto pasivo) se convirtió en una fiesta de todo el pueblo llano salmantino y, en cierto modo, en una confrontación de éste con la Universidad. Es claro que este entusiasmo popular no procedía de la elevada calidad científica del nuevo catedrático ni del prestigio de la materia. Lo que en Torres celebró el pueblo era su popularidad y desenvoltura, sus franquezas y su tono de audacia y novedad en las engoladas y distantes aulas universitarias, ya claramente endocéntricas.

Ya está don Diego convertido en catedrático de frecuentadísima aula. Para serlo de pleno derecho necesitaba graduarse de licenciado, de maestro o de doctor. Y un dato curioso en esta relación de amor y odio a que nos venimos refiriendo: Torres tardó más de los dos años marcados por los estatutos para obtener, tras la oposición, los títulos necesarios de licenciado y maestro en Artes, que alcanzó el 28 de febrero de 1732, es decir, tardó seis años, pero no se le privó *ipso facto* de la cátedra. ¿Se le perdonó a Torres esa demora de cuatro años o es que no se aplicaba la exigencia con demasiado rigor? Es raro que sus enemigos no hicieran cumplir la ley a rajatabla.

A partir de ahora las cosas seguirán igual: los profesores universitarios con su inquina hacia Torres y éste burlándose de ellos, de su envidia y de su odio, no mayores, seguramente, que los que el propio escritor sentía hacia ellos. Claro que Torres, cuando le conviene, apela al prestigio de su cargo y de su condición de profesor universitario, retorciendo el argumento a sus enemigos en una curiosa distinción de razón entre la entidad y sus profesores:

*“Quedemos en que yo no sé nada. Quedemos en que el Rey permite que se mantenga un ignorante en el empleo de maestro en la más gloriosa de sus Universidades. Quedemos en que la de Salamanca ha jurado falso de mi suficiencia y que, en perjuicio de los dignos, consiente que le hurte los salarios y las propinas un ignorante. Quedemos en que soy también un hombre de tan depravada conciencia que estoy engañando a mis discípulos y que, en lugar de los preceptos matemáticos, les doy a beber cieno de locuras y despropósitos...”<sup>8</sup>.*

Con la perspectiva de los siglos, no deja de ser divertida la sorda –o abierta– lucha de casi veinticuatro años entre el irritado e infatuado Claustro salmantino y aquel atrevido profesor que, con su desenvoltura, su frescura, su juventud de carácter y la novedad de sus tácticas, procuró hacer añicos la tenaz fobia del Claustro. Juan Luis Alborg cree que lo consiguió, pero a nosotros no nos parece tan claro; al revés. Mientras la Universidad le siguió golpeando donde más le dolía,

8 *Vida*, p. 233.

creemos percibir en Torres, por un lado, un ablandamiento de sus posiciones y, por otro, una cierta obsesión creciente por la inquina que sus colegas le manifiestan. Es decir, en el escritor tiene lugar un proceso en que la virulencia de sus ataques va decayendo, mientras va manifestando más las repercusiones afectivas que en él produce la inquina universitaria, hasta casi convertirla en una reacción un tanto paranoica de manía persecutoria. No olvidemos que, según avanza su autobiografía, redactada a lo largo de años, son más las páginas destinadas a dolerse del desvío universitario.

Hemos dicho que la Universidad le sigue asestando golpes, al tiempo que le sigue utilizando descaradamente para resolver en la Corte asuntos que las magníficas relaciones de Torres con el Trono, la nobleza y el alto funcionariado (es lo mismo) propiciaban. Y así hasta su jubilación y tras ella. Lo de la jubilación fue un duro golpe. Torres la solicita en 1750, a los veinticuatro años de obtener la cátedra, pero antes de cumplir el tiempo legal de veinte años de servicios efectivos, que sus muchas ausencias de la cátedra le impidieron completar. En el memorial que envía al Real Consejo de Castilla y en el escrito que remite a la Universidad justifica su petición por sus achaques, los servicios que ha prestado a la Universidad y sus numerosas publicaciones. El Claustro responde que ni ha cumplido el tiempo legal de docencia efectiva ni sus publicaciones tienen “erudición selecta ni doctrina sólida, por lo que no se pueden estudiar ni aprovechar en facultad alguna”. La descalificación, clara y sañuda, es una puñalada traperera. Lo que no es tan claro es por qué la Universidad no tendió un puente de plata al enemigo loco, incómodo, ignorante y poco profesional que huía. Seguramente pretendía mantenerlo en su seno para fastidiarlo con más comodidad. Sea como fuese, al final gana Torres, pues Fernando VI le concede la jubilación, en fecha de 22 de marzo de 1751, con todos sus “emolumentos, honras y exenciones”, pese a que reconoce que, según el cálculo de los claustrales, sólo había cubierto diez años de docencia efectiva.

D. Diego no pierde tiempo y hace que se declare vacante su cátedra, que obtiene su sobrino Isidoro Francisco Ortiz-Gallardo con el claro apoyo y las estrategias de su tío. Cuando Isidoro fallece prematuramente en 1767, logra de nuevo Torres que obtenga la cátedra un hermano del fallecido, Judas Tadeo Ortiz-Gallardo, lo que parece indicar que, méritos de los opositores aparte (aunque parece ser que los de este último brillaban por su ausencia incluso escandalosamente) su tío sabía moverse aún con tino y eficacia en el mundillo universitario. Bien es verdad que no todo el Claustro estaba en contra de Torres y que tenía sus valedores dentro de él, pero eran los menos y los que no ocupaban las cátedras más prestigiosas. Los más prestigiosos catedráticos, los de Leyes, Sagrada Escritura, Teología, Filosofía, etc., sobre todo si pertenecían a la Compañía de Jesús, eran enemigos acérrimos de Torres.

Al año siguiente de su jubilación, 1752, la Universidad asesta a Torres un nuevo golpe. Cuando el escritor edita sus *Obras Completas*, financiadas por suscripción pública (primera vez que esto ocurre en los anales de la imprenta española), los suscriptores fueron muchos e insignes: Fernando VI, su madre, Isabel

de Farnesio, el cardenal infante Luis Antonio, lo más granado de la nobleza, bibliotecas, universidades, comunidades religiosas y muchos particulares, es decir, lo más selecto de la sociedad española. Sólo la Universidad de Salamanca no contribuye ni con un solo real. Torres se queja en sus escritos amargamente, pero contraataca. Sólo regala un ejemplar de sus obras al Colegio Trilingüe en 1754, tanto para fastidiar a la Universidad como quizá porque no guardaba mal recuerdo de su paso por él.

La jubilación universitaria no suponía el alejamiento total de la docta casa. El jubilado no impartía clases pero seguía perteneciendo al Claustro con obligaciones académicas: asistencia a determinados actos, pertenencia a comisiones, ostentación de determinados cargos, resolución de encargos... Esta vinculación postjubilarse debía, entre otras razones, a que era la única forma de seguir cobrando los que ahora podríamos llamar complementos del sueldo. Todas estas obligaciones sigue cumpliendo el Torres jubilado, sobre todo resolviendo asuntos que le encargaba la Universidad (para los que a menudo debía desplazarse, pese a sus años, a la Corte) y proponiendo actividades, como la creación de una academia universitaria de Matemáticas donde éstas se explicasen en castellano y experimentalmente. Pero ésta es otra historia a la que nos referiremos. Como veremos, la Universidad, que le odiaba, olvidaba sus odios cuando Torres podía serle de provecho.

Múltiples fueron las comisiones en las que el jubilado intervino y los trabajos universitarios que realizó por encargo. Entre éstos, un informe sobre unificación de pesos y medidas en el Reino. Participó y dirigió la comisión de bibliotecas, actuó en tribunales..., es decir, se mantuvo académicamente activo.

El encargo que muestra más a las claras el proceder de la Universidad fue el llamado “pleito de las carnicerías”. Felipe V había anulado el derecho de muchas entidades a poseer tiendas especiales –algo así como los economatos de ahora– y trasladó el derecho de abastos sólo a los ayuntamientos. La Universidad se opuso por la penuria que esto produciría en los alumnos más humildes. El Ayuntamiento replicó. El pleito duraba ya veintiséis años pese a que comisionados universitarios se desplazaron a la Corte (por cierto, algunos de estos comisionados se demoraron más de cinco años en ella), que es quien debería dictar el veredicto definitivo. No consiguieron nada. En 1756 se le encarga a Torres el ir a Madrid porque (como confiesan las Actas del Claustro: ¡qué éxito para D. Diego este reconocimiento!) “es sujeto de muchas conexiones con personas de la primera suposición y que mirará este negocio con todo amor y cariño”. Torres va a Madrid y se mueve muy eficazmente: habló dos veces ante el pleno del Consejo de Castilla<sup>9</sup> y,

9 Incluso en estas solemnes intervenciones, Torres se aprovecha para alardear de su situación económica privilegiada para que, por contraste, se vea la precaria del profesorado salmantino, retrucando irónicamente sobre sí mismo, pues... “a excepción del catedrático jubilado de Astrología, que es rico por sus extravagancias y trabajos, todos los demás doctores, licenciados, bachilleres y escolares viven sumidos en una estrechez muy lastimosa...”.

Por su parte el Consejo reconoce que es la primera vez que se oye en él la voz de la Universidad de Salamanca, “pues entre tantos letrados, canonistas y teólogos que han venido aquí con su voz,

ese mismo año, consigue que se mantenga el derecho universitario a tener carnicerías propias, aunque supervisadas, para no vender carne a personas ajenas a la casa, por una junta compuesta por el corregidor de la ciudad, dos regidores y dos profesores. Torres envió a Salamanca rápidamente una copia del decreto, pero el Claustro responde con la ingratitud de no elegirle entre los dos profesores de la junta. Más aún: cuando, llegado de Madrid, intenta informar al Claustro sobre sus gestiones y sobre detalles del decreto, no se le permitió y se le dieron largas diciéndole que los dos profesores de la junta ya le llamarían para que les informase, cosa que no hicieron. El único que se interesó por una mayor información fue el corregidor de la ciudad. Ante todo esto, Torres, en un alarde más, renuncia a las dietas y a los salarios que se le debían por sus viajes y su estancia en la Corte, pese a que compañeros del Claustro le habían aconsejado que no los restringiese.

Con respecto a la academia de Matemáticas que Torres y su sobrino Isidoro organizaron en 1758 para explicar los globos armilares de M. Robert Vaugondi, baste decir, resumiendo, que, puesta en marcha tras un sinfín de pegas del Claustro (que no veía su utilidad ni su método, que no disponía de espacios ni de presupuestos para ella, que presagiaba un desapego total del alumnado, etc.) y con gran éxito de público por ser experimental e innovadora, poco a poco fue sufriendo nuevos obstáculos hasta su muerte por inanición a poco más de dos meses de su nacimiento.

Torres e Isidoro Francisco solicitaron permiso para traducir el manual de uso de los globos, del mismo Vaugondi, al latín y al castellano desde el francés. Se les concede el permiso y se ordena que la edición corra a cargo de la Universidad y que a los dos traductores se les den 1.200 reales por la traducción. Pero, ya realizada la traducción, se le ponen graves reparos a la traducción y al propio libro hasta el punto de recogerse los ejemplares ya editados. A los traductores no se les pagó. Se inicia un tira y afloja (en el que tiene que intervenir hasta el Rey) en el curso del cual se llega a extremos tales como el de solicitar que Torres no usase el título de doctor, que el Claustro considera una usurpación (cuando en las Actas de Claustros a menudo se nombra a Torres como el doctor Torres) “pues a los grados mayores de las Artes se les suele llamar meramente Maestros”, el de afirmar que muchas de las obras del escritor no eran suyas y el de solicitar que las obras de D. Diego se sacasen de la biblioteca universitaria “por contener expresiones indecorosas contra la Universidad”. En tal estado de cosas, sólo un profesor, el doctor Felipe Santos Rodríguez, afirmó que la enconada cuestión “ya no era lo que suena, sino que procedía de particular odio y encono hacia la persona del señor maestro Torres”. Tras varios dictámenes reales, la academia se reinicia, aunque no sin

no sabíamos qué metal tenía hasta que hemos oído las roncadas entonaciones de un filósofo, despreciado por ella” (*Vida*, pp. 330-332). Está claro que Torres se alegra, pese a que tal frase supone que hasta en Madrid se conocían los trapos sucios de las luchas entre Torres y la Universidad. Él mata dos pájaros de un tiro: queda muy por encima de todos sus colegas hasta oficialmente y les muestra que consigue lo que quiere y que ellos no lo han conseguido.

nuevas pegas, y a los traductores se les paga a regañadientes la deuda. El odio, no obstante, no acabará aquí.

Dijimos antes que parece que D. Diego se fue haciendo más moderado en los ataques a sus colegas, pero más sentido en los que él sufre. Debe recordarse que el quinto trozo de la *Vida* de Torres se publica en 1750, un año antes de la jubilación y que pensó el autor que el cuarto trozo sería el último de la autobiografía. La etapa de la vida de Torres abarcada por este cuarto trozo es, por así decir, el culmen de su vida, tan triunfal que ya ni enemigos de consideración piensa que le quedan, quizá porque, al verse él más fuerte, los ve a ellos más débiles<sup>10</sup>. Además, en 1745, Torres sufre su gravísima enfermedad y se ordena sacerdote, factores ambos que seguramente atemperaron su carácter y mitigaron la virulencia de sus ataques a los enemigos. Es cierto que el escritor ya no es el mismo que antes atacaba tan duramente a sus colegas<sup>11</sup>. Ahora sus ataques se han atemperado, tal como vemos en sus comentarios a dos de las más graves agresiones que sufrió. A la de la jubilación respondió así:

*“Yo disculpo en la Universidad el poco amor con que me ha tratado: lo primero, porque yo soy en sus escuelas un hijo pegadizo, bronco y amamantado sin la leche de sus documentos. En sus aulas no se consienten ni se crían escolares tan altaneros ni tan ridículos como yo...; y, a la verdad, nunca me ballé con gusto ni me sentí con humor de aprender los arrebataamientos, profundidades y tristezas con que hacen los negocios de su sabiduría. Lo segundo, porque mi temperamento y mi desenfado es enteramente enemigo a la crianza y al humor de sus escolares, porque ellos son unos hombres serios, tristes, estirados, doctos, llenos de juicio, penetraciones y ambigüedades; y yo soy un estudiantón botarga, despilfarrado, ignorante, galano, bolgón y tan patente de sentimientos, que siempre que abro la boca, deseo que todo el mundo me registre la tripa del cagar”<sup>12</sup>.*

Sin que falten las pullas, la frase parece más bien llena de cierta resignación.

10 “No me faltan algunos enemigos veniales y maldicientes de escalera abajo, aunque ya tengo pocos y malos, y siento mucho que se me haya hundido este caudal porque a estos tales he debido mucha porción de fama, gusto y conveniencia que hoy hace feliz y venturosa mi vida” (*Vida*, p. 220).

11 “Te aseguro que tienen peor condición y más indisciplinables costumbres los viejos doctorados que los mancebos manteístas, porque el ansia a la cátedra, la agonía del grado, la furia a la prebenda, a la plaza y al obispado los hacen blasfemar unos de otros, tratándose (sin temor de Dios ni de su condenación) con crueldad en los informes, añadiéndose los unos a los otros pecados indignos a fin de contentar la vanidad de sus deseos. Cada uno es ceñudo fiscal del otro e incansable atalaya de su vida y costumbres, y todos se quieren matar y heredar los unos a los otros, siendo contrarios de sí mismos y de todo el linaje escolástico. Aquellas losas respiran ambición, rencor, vanidad y sabiduría loca. En lo mecánico de sus rentas, distribuciones y otros negocios claustrales son tantas y de tal calaña las quimeras que se les ofrecen y levantan, que continuamente viven en perpetua tribulación; y tienen hecho hábito a las inquietudes, hijas de su soberbia y criadas en aquellas aulas en donde nunca han querido poner cátedra de humildad. Cada uno se considera más sabio y más prudente que el otro y ésta es la raíz de los desconciertos y alteraciones” (Apd. ALBORG, Juan Luis. *Op. cit.*, pp. 339-340).

12 *Vida*, pp. 279-280.

Igual ocurre con su comentario al hecho de que su Universidad fuese la única que no suscribiese la edición de las *Obras Completas* de Torres, pese a que el autor publicase la lista de suscriptores para darle ocasión a que rectificase (!) su desvío o lo explicase:

*“Yo estoy persuadido a que a la severidad y circunspección de mi Claustro le sería muy duro y vergonzoso ver a su venerable nombre grabado en la testera de unas obras ridículas, pueriles, inútiles y rebutidas de burlas, ociosidades y delitos desmesurados...; pero este vergonzoso temor sólo debió durar hasta mejor informe; más habiendo visto después de la primera lista del primer tomo el nombre del Rey..., de la Reina y del señor Infante..., y habiendo visto la mayor parte de la grandeza de España..., todos los colegios mayores y universidades... Debía la Universidad haber depuesto y aburrido sus rubores y los resentimientos que podía tener de mis libertades y delirios, imitando la piedad del Rey y la clemente bizarría de tantas ilustres... comunidades y personas... Más se declararon los esfuerzos de una envidia irritada que los halagos y disimulos de una madre regularmente cariñosa. Yo estoy seguro que no la he dado la más leve causa para haberme puesto en éste y otros muchos y repetidos ceños... porque a ninguno puse maliciosamente en el más ruin sentimiento, ni he dejado de venerar a las unas, servir a las otras en cuanto ha sido posible a mis fuerzas...”<sup>13</sup>.*

Con relación al desaire que se le hizo tras su éxito en el “pleito de las carnicerías”, se limita a contar “fríamente” que no cobró nada (pese a que se le aconsejó que no escatimase gastos), que no le dejaron exponer sus gestiones ni puntualizar la favorable sentencia, y expresa lo que dijo el pueblo salmantino: que no era tan urgente el nombramiento de los dos miembros de la junta, que Torres era el más enterado del asunto, como su gestor que era, y que, si era bueno para haberlo defendido en Madrid, también lo sería para la citada junta.

*“Y finalmente decía que no era razón ni justicia que fuese paga y premio de un tan honroso beneficio que yo conseguí para la Universidad y el público un desaire tan repentino, tan impensado y tan desmerecido. Esto y más habló el pueblo, y esto hablaban con él muchos doctores. Yo callé, sufrí y reí y, gracias a Dios, voy llevando por delante mi silencio, mi risa y mi tolerancia”<sup>14</sup>.*

Algunos de los biógrafos de Torres Villarroel han interpretado como un acto de reparación de la Universidad, por los desaires cometidos con D. Diego, su designación para ocupar el cargo de primicerio durante el curso 1764-65. Es cierto que el primiceriado era uno de los oficios honoríficos de la Universidad, establecido desde la Constitución VII del papa Martín V. Sus funciones a finales del XVIII se

---

13 *Vida*, pp. 294-295.

14 *Vida*, p. 336.

detallan como un prior o presidente que precedía y presidía aquellos actos a los que concurrían sólo los doctores y maestros de la Universidad y convocaba a éstos a claustros especiales (los llamados “de primicerio”) cuyas decisiones tenían la fuerza de acuerdos de la Universidad. La materia principal sobre la que actuaba el primicerio y su claustro era la referente al culto divino de la Universidad, fábrica de la capilla, funciones de iglesia, entierro de graduados, honras..., aunque también entendía de asuntos profanos encaminados a defender los derechos de los profesores. Pero la Universidad no elige a Torres como un honor. La ocupación del cargo, según los estatutos, era anual y debía recaer tres años en los doctores de Leyes o Cánones, uno en los maestros de Teología, otro en un doctor de Medicina y otro en un maestro en Artes, como es el caso de Torres. Éste lo ocupó cuando le correspondió al profesor de Artes y es de suponer que no hubiese demasiados candidatos al cargo, habida cuenta de que no eran muy numerosos los maestros en Artes y que algunos ya habrían ocupado el cargo.

Por otra parte, durante el año de la gestión primicerial de Torres, no le faltaron obstáculos a su gestión, tal como ocurrió con las obras del retablo de jaspes de la capilla de San Jerónimo de la Universidad (actual capilla universitaria), con respecto a las cuales Torres debió enfrentarse a ciertos profesores que querían quitar las obras al famoso escultor Simón Gavilán Tomé para dárselas a otro escultor, Nicolás Rodríguez, de mucha menor talla, pero salmantino, eso sí, y con influencia entre los comisarios de la obra. Hubo que pedir hasta un informe externo a Francisco Moradillo, arquitecto de las Salesas de Madrid, que estaba realizando una peritación en la ciudad sobre la seguridad de la torre de la catedral tras el terremoto de Lisboa. Finalmente Simón Gavilán remató la obra.

Torres se despidió del cargo el día de San Martín de 1765, diciendo que en su gestión “...se habrán cometido muchos yerros y defectos no nacidos de voluntad sino por falta de talento, y suplicaba a la Universidad se le perdonase, porque los enmendaría el sucesor de la Facultad de Jurisprudencia, a quien tocaba”. Tal humildad no era otra cosa que retórica y protocolo seguramente.

Hemos dicho que Torres era menos virulento en propinar sus golpes y más sentido al recibirlos, quizá por más anciano y sosegado o por más desabrido del mundanal ruido<sup>15</sup>. También puede ser por haber cambiado de táctica cuando poco daño podían ya realmente hacerle. Hemos dicho también que parecía paulatinamente más obsesionado con los desaires universitarios. El caso es que el fragmento añadido (1752) al quinto trozo de su *Vida* y todo el sexto trozo no hablan más que de sus problemas con la Universidad. ¿Obsesión hemos dicho o táctica? Quizá esto último, pues en el añadido al quinto trozo dice: “La venganza que busco de sus pretensiones es referirlas y preguntarles por la causa” (*Vida*, p. 280). Torres

15 De hecho, en una ocasión dice que su enfermedad le “ha puesto más remilgado de palabras, menos liberal de movimientos, algo más sucio de figura, y me parece que un poco zalamero y ponderado, que me pesa bastante pero, como se usan así los juiciosos, lo sufro con conformidad” (*Vida*, p. 269).

ahora está tan persuadido de que lleva la razón de las víctimas que prefiere que hablen los hechos.

Curiosamente en los testamentos, la Universidad aparece menos de lo que cabría esperar, teniendo en cuenta que los trece años que median entre el primero y el último de ellos transcurren en pleno fragor de su batalla universitaria. Quizá la razón sea que estos documentos pertenecen al entorno más íntimo de Torres y quiso dejarlos al margen de sus luchas. El caso es que, tanto en los testamentos otorgados antes de la jubilación como en los de después, el *Alma Mater* sólo aparece en dos aspectos: como elemento identificador del otorgante y en lo referido a los funerales. Torres en el encabezamiento de los testamentos no omite jamás su condición de sacerdote y el ser “del gremio y Claustro de la Universidad de esta ciudad de Salamanca, y su catedrático de prima en la Facultad de Matemáticas” o “su catedrático de prima, jubilado por Su Majestad, que Dios guarde, en la Facultad de Matemáticas”.

En cuanto a los funerales, en todos los testamentos dispone que una parte irrenunciable de su mortaja debe ser el bonete de doctor con la borla azul, pero cambia lo referido al entierro, que debe atenerse a los usos de la Cofradía de Jesús Nazareno y de la Orden Tercera de San Francisco, aunque también sus herederos deben arreglarse “a la costumbre que tiene la Universidad de enterrar a sus doctores, escogiendo y atendiendo siempre a mis deseos, que es huir de toda pompa y ser puesto en el lugar más inferior y más pobre de los demás de mi gremio”. Esto se dice en los tres primeros testamentos.

En los testamentos cuatro y cinco, cootorgados con su hermana, adquieren mayor protagonismo los usos funerarios de los capuchinos del monasterio de Sala, en Salamanca, pues aunque se dice que el entierro se arregle “a la costumbre que tiene la Universidad de enterrar a sus doctores” y la Orden Tercera a sus hermanos, la base del ceremonial será la del convento para sus religiosos “sin embargo de que asistan dicha Universidad y Orden Tercera”. El protagonismo, pues, de la Universidad decae en los funerales.

En los testamentos sexto y séptimo, la Universidad ya no aparece para nada en los funerales. Quizá al final de su vida, a Torres le suenen lejanos los honores académicos que dependen de otros, como los funerarios, aunque no renuncia a lo indiscutible: su bonete de doctor y su borla azul. Y lo curioso es que los cuatro últimos testamentos, precisamente aquellos en los que menor o nula presencia se da a la Universidad en los funerales, son posteriores al año académico de 1764-65, curso en el que Torres fue elegido, como ya hemos dicho, primicerio, cargo que se ocupaba sobre todo de las ceremonias religiosas universitarias, como eran los entierros y honras fúnebres de los graduados.

Quizá la humildad cristiana, quizá un gesto final de victoria sobre sus enconados colegas hacen que Torres renuncie a esas honras que durante su primiceriato atendió. Y a punto estuvo de conseguirlo. D. Diego muere el martes 19 de junio de 1770 y hasta el 12 de febrero de 1774, es decir, casi cuatro años más tarde, la Universidad no celebró sus honras fúnebres, sin que se sepa la causa de

dilación tan grande, aunque algo dejan entrever las palabras del padre franciscano y maestro Fr. Cayetano Faylde, doctor teólogo del Claustro universitario al que le cayó el mocho de la oración fúnebre (Torres se había llevado siempre bien con los franciscanos): “¿Por qué? Los defectos que realmente pudo haber el D. Diego de Torres o los que acaso le atribuyó la malicia, ¿son bastantes para que no se merezca nuestra memoria?”. La oración fúnebre del rito conmemorativo, celebrado en la capilla de San Jerónimo (actual capilla universitaria) por cuyo retablo tanto luchó Torres durante su primiceriato, tuvo como lema las palabras de San Pablo a los corintios: “Está claro que los que ganan el mundo es como si no lo ganasen”, lo que no deja de tener su miga en la oración fúnebre de un hombre que tanto luchó por abrirse camino y triunfar en el mundo. Quizá el orador quiso poner árnica en las heridas todavía abiertas en algunos ex compañeros de D. Diego, al que nunca perdonaron sus triunfos sociales, económicos y literarios<sup>16</sup>.

Frente a la fama oficial de Torres por casquivano, alocado y frívolo, el predicador le presenta como grave de carácter, solitario por gusto y laborioso por inclinación: “Un hombre de quien se podía decir que era naturalmente bueno, si fuera posible serlo sin el socorro de la gracia”. Por eso el discurso lo divide en dos partes: en la primera dice cómo Torres logró los aplausos del mundo, y en la segunda el buen uso que hizo de ellos y de las riquezas, de forma que jamás llegó a manchar su corazón con la escoria de los agasajos mundanales ni de las riquezas perecederas.

El orador, incluso llega a proponer a la Universidad la erección de una estatua en honor de Torres, poniendo como epígrafe: “Don Diego de Torres, el Despreciador del Mundo, Restaurador de las Matemáticas”. Pero este monumento jamás se realizó. Las cenizas de los rencores universitarios estaban todavía muy tibias.

Torres fue enterrado, según sus deseos y disposiciones testamentarias, en la capilla que él mismo había erigido y dotado en el monasterio capuchino de Sala, en las proximidades de la actual plaza de toros y en el paseo que ahora lleva el nombre del salmantino. Parece ser que en la sepultura se puso un pequeño catafalco de piedra franca en el que llegó a diseñarse su figura, pero pronto se pierde memoria de tal monumento, si existió, como tampoco queda ya nada del propio

16 Hasta sobre esta ceremonia ironiza Torres que, a lo mejor previsoramente curado en salud, afronta el hecho de su propio funeral universitario, por si acaso la Universidad no lo celebraba. Otra vez su ironía es una huida adelante, pues dice que entre otras razones escribe continuamente sobre sí mismo (no sólo en su autobiografía) para que de sus páginas “...coja noticia cierta y asunto verdadero el orador que haya de predicar mis honras a los doctores del reverente Claustro de mi Universidad. A mi opinión le tendrá cuenta que se arreglen las alabanzas a mis confesiones, y a la del predicador le convendrá no poco predicar verdades” (*Vida*, p. 101). Igualmente ironiza cuando pide que la Universidad no le dedique honras fúnebres (¿qué cerquita estuvo de conseguirlo!), cuando tantas le ha procurado en vida: “Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras honras, yo deseo que empiece por mí y que cambie a misas y responsos el sermón, el túmulo, las candelillas y los epítafios. Gaste con otros sujetos más dignos y más acreedores a las pompas sus exageraciones y el bullaje de los sentimientos enjutos, que yo moriré muy agradecido, sin la esperanza de más honras que las especiales que me tiene dadas en vida” (*Vida*, p. 102).

convento de Sala. Todo desapareció al trazar la carretera de Villacastín a Vigo. Muy a principios de siglo, por lo visto, podían contemplarse aún tres arcos de medio punto de la iglesia, los correspondientes a las capillas laterales. Las del lado de la epístola se destruyeron al hacer la carretera y el paseo actuales. Las del evangelio, en una de las cuales estuvo enterrado Torres, fueron corral donde se guardaba el estiércol de unas casas de labor.

Una vez más Torres fue casi profético y se cumple lo pronosticado cuando dijo: “A mí sólo me toca morirme a obscuras, ser un difunto escondido, y un muerto del montón, hacinado entre los demás, que se desvanecen en los podrideros”.